

S U P L E M E N T O   S E M A N A L   D E   A R R I B A

AÑO I

MADRID, 1 DE NOVIEMBRE DE 1942

NÚM. 44



## Interpretación española de la Muerte

### SUMARIO

- El culto a los muertos en España, por L. de Hoyos Sáinz. Página 2.  
Algunas interpretaciones de la Muerte. Página 3.  
Danzas macabeas en el "De profundis español", por Pedro Mourlane Michelena. Página 4.  
La medida del tiempo, por Luis Rosales. Página 5.  
Llega la Muerte y recordamos a Quevedo, por Samuel Ros. Página 6.  
El español en vida y muerte, por José María Castroviejo. Página 6.  
Los epítafios satíricos en la literatura española, por Miguel Herrero. Pág. 7.

- Muertos, máscaras y divinidades agrarias, por Julio Caro Baroja. Página 8.  
La muerte en el Romanticismo, por José María Alfaro. Página 9.  
Unamuno y la resistencia a la Muerte, por Ramón Ledesma Miranda. Página 10.  
En torno a nuestra definición de la Muerte, por Ismael Herráiz. Página 11.  
La Muerte bajo el uniforme, por Antonio Valencia. Página 12.  
Dibujos y viñetas, de Tauler, Eguía y Escassi.



*A Rodríguez Marín, decano y maestro de folkloristas españoles.*

cia ni en Asturias, y suele ser sustituida por la asistencia al «auto» de difuntos, repartiéndose en él limosnas, principalmente en las villas, ya que la costumbre lo fué siempre de ciudades y escaseó en las aldeas. Al extremo oriental de la región, tampoco son los vascos muy visitadores de los cementerios, y baja aún en tierras de Navarra, en que es sustituida por la ofrenda de «capazos» de trigo, en el que se fijan velas de cera; pero destaca como costumbre oficial la visita que el Ayuntamiento de Vitoria hace al camposanto la víspera del día de Santa Isabel de Portugal.

Traspuestas las cumbres cántabropirenaicas, tampoco en los pequeños pueblos de la tierra leonesa se destaca mucho la costumbre, y de modo análogo en Salamanca, que transforman el homenaje en caridad al repartir a los pobres el pan de difuntos, pues hace medio siglo desapareció de la sierra de Béjar la reunión de mozos en el campanario para repicar campanas y comer castañas en la llamada «calvotá»; y bajando, al fin, de esta región del Oeste, más típica en etnografía que en folklore, piérase por completo la visita funeraria en Extremadura, en la que queda sola y reducida a la práctica de alguna familia aislada.

Sigue la escasa visita en la propia Castilla llana y serrana, pudiendo destacarse que se hace en el novenario de ánimas en el segoviano pueblo de Puentepe layo, y pasando a la Castilla del Tajo por tierras alcarreñas, reaparecen visitas y ofrendas; pero al entrar en las llanuras manchegas, sólo en su capital, Madrid, se acusa bien la visita piadosa, y a su imitación, las otras de sus provincias y algunas de sus grandes villas.

No son más corteses con sus difuntos aragoneses y catalanes, y aun en las tierras del principado han desaparecido los típicos hechos de la ofrenda del pagrás, que se subastaba para costear sufragio, quedando sólo alguna ofrenda y comida que aparte se destacan; pero compensan la baja de los rurales los vecinos de Barcelona, donde la visita a los cementerios y el artístico culto a sus muertos recuerdan la influencia de las grandes ciudades italianas. Litoral mediterráneo abajo, Valencia inicia la falta casi absoluta de visitar a sus muertos, y modernamente en las urbes, y no en el campo, ha renacido la costumbre, destacando en algún pueblo la coronación del túmulo con calavera y huesos, y aun es en Andalucía más extraordinaria la costumbre, aunque se conserve en algunos pueblos la visita dominical al composanto y el adorno de las tumbas con flores, sobre todo en Granada.

Las ofrendas a los muertos son hechas por amor y protección a los mismos o por temor de los vivos, que las hacen para aplacar a los espíritus. Su primitivismo prehistórico está en las armas, adornos y aun cacharros con agua y con comida para el eterno viaje, de lo que en España hay múltiples e interesantes demostraciones en las sepulturas de las más primitivas épocas, y su continuidad es perfecta hasta el día, ya que seguimos haciéndolas con preces y alumbrodo, plenamente católicas, y otras formas y manifestaciones, de las cuales la luz y la comida son las más perdurables.

Hay, sin embargo, particularidades que merecen destacarse, como son, en principio, todas las formas de trajes, ropas y objetos demostrativos del luto, de las cuales es la más rica región la de Vasconia, con paños concretamente bordados para

este fin, y usados no sólo por la familia, sino por los vecinos todos del pueblo, aunque se perdieron muchas de estas formas por las Ordenanzas del Fuero para suprimir las costumbres de «gentiles». En Salamanca es cobertura representativa del duelo el «ventioseno» usado por las mujeres para asistir a los entierros y realizar las ofrendas; y más notable es la costumbre que hubo en el pueblo zaragozano de Cinco Olivas, en que las mujeres ocultaban cabeza y cara durante cinco meses, cerraban el portón y utilizaban el portillo; no siendo menos de notar que en Morales de Toro no andaban en mangas de camisa en toda la época del duelo; y para citar alguna que no recae con la indumentaria, recordemos que en Puente Genil y en Menorca no jabelgaban la fachada de la casa en el año del duelo.

Especial expresión de piedad es la que se hace a los «muertos violentamente» en algunas regiones españolas, representada, en general, por la cruz levantada en el sitio en que acaeció la desgracia o se realizó el crimen, de piedra en los sitios en que abunda, de madera en los países de bosque y grabada en la propia roca en los pedregales de Cáceres y León, demostrando la influencia del medio en ésta como en todas las demás costumbres populares. Menos conocida es la costumbre de rodear con un círculo de piedra el sitio donde ocurrió la muerte, como en Pontevedra, y bastante general la de hacer cruces con piedras hincadas en el suelo en Zamora y Burgos, aunque más lo es todavía la de formar montones con piedras o chinias arrojadas después de besarlas, como antes ocurría en la cruz de Don Sancho, en Zamora, y antes y después en pueblos de las dos Castillas, en Aragón pirenaico y en la montaña catalana, faltando el hecho en Levante y Andalucía, si bien aparece esporádicamente en algunos pueblos de Jaén bien destacados por su repoblación por castellanos.

De todas las ofrendas que se hacen a los difuntos es la más universal y seguramente la más antigua la de luz o alumbrado a sus tumbas, en su recuerdo, probablemente iniciada por la del fuego, indisolublemente unido a la luz cuando es muy vivo. En la tradición popular española el alumbrado en honor y memoria de los difuntos es también el más extendido rito en todas las regiones, y las candelas enciéndense sobre sus propias tumbas en los cementerios, sobre las que lo fueron en pretéritos tiempos en las iglesias y en sus hogares cuando vivos o en la casa familiar este día, en que se concreta y exterioriza más su recuerdo.

Como en las otras tradiciones mortuorias, es la zona del mar Cantábrico la más rica y constante en manifestaciones, pues la luz a los muertos es ofrenda de todas las sepulturas familiares en aldeas, villas y aun ciudades, ya con las velas de los múltiples candeleros de metal y aun de madera o la fila de ellas en el cerero u ofertorio, desde el de simple tablero agujereado superpuesto al que sirve para el apoyo del cirio de la vela, hasta el torneado y aun tallado artísticamente de las familias pudientes o señoriales de cada pueblo. Este alumbrado de sepulturas sigue en las regiones de la España septentrional y aun central, pero se atenua y aun desaparece en las zonas llanas o litorales de Aragón y Cataluña, y más aún en las de Valencia y Andalucía donde, o no la hubo nunca, o sólo ha quedado el recuerdo de las sepulturas familiares dentro de la iglesia.

Dentro de la región norteña son las provincias Vascongadas el foco de mayor veneración, pues en ellas se conserva un verdadero ajuar de culto a los muertos y de paños, telas y bordados que le complementan, y cuando por motivos económicos no se encienden cirios ni velas más que en festividades funerales, aparece el «cerillio» o delgada y larguísima vela, que se arrolla en las artísticas «cargizallas» labradas y talladas hasta constituir verdaderas piezas de museo, que, naturalmente, son de las familias pudientes, y en el país mismo se reducen a simples cuadrados de madera, a veces elevados sobre

cuatro pirindolas o patas, y en ellos se arrolla el cerillo, que al desarrollarse va consumiéndose.

Al difundirse hacia el Poniente, sigue la costumbre en la montaña santanderina, llamándose «tableta» en Liérganes y la Trasmiera litoral, y «tazos» en San Roque y las villas pasiegas de las alturas. Así continúa por las Asturias de Santillana y de Oviedo, hasta llegar a las rías gallegas, donde son igualmente conocidos los portacerrillos de diversas formas y calidades. Por sus lindes vascongadas y montañesas pasan a Burgos los fajos de cerrillos, que se arrojan en las llamadas «sierras», y continúan a las montañas de León, donde reciben el nombre de «libros». Desde estas cabezeras extiendense costumbre y objeto por León y Castilla, y así, en la típica tierra de Morales de Toro concócese por «roblejas», y en la ribera del Duero, por el curioso nombre de «parce-miquis», y a la mujer que las reparte «parcemiquera»; en tierra segoviana, como Fuente Pelayos y otros pueblos, concócenla por «chilada» de cera, que arrojan en rocas o en tablillas.

Necesita indagación geográfica el hecho de no traspasar la sierra central de Soria a Gredos ni bajar a la fosa tectónica del Ebro, en su valle aragonés, el uso del cerillo, pues no puede bastar la explicación de la pobreza del país, porque no son más ricas en cera las regiones en que se emplea este alumbre mortuario, y tal vez esté unida su ausencia a la falta de la sepultura familiar, aunque nuestro protocolo folklórico guarda el dato de presentarse aisladamente en Tamarite de la Litera, acrecentando su interés el hecho de llamar «estadales» a los trozos de madera en que se arrolla el cerillo, nombre que algún filólogo podrá averiguar si tiene relación con las «estadias» o «compañías» de muertos en Galicia. El hecho es que la reducción del alumbre de los difuntos va unida a la de sepulturas, pues en Tafalla, en plena ribera navarra del Ebro, al igual que en Huete, de la serranía de Cuenca, concéntrase el alumbre en una sepultura colectiva, alimentada por la ofrenda anual de cera, a la que llaman en ambos sitios «caña». Esporádicamente pueden citarse hechos y ofrenda luminosa en Extremadura, como el muy típico de Garrovillas (Océres), donde las mujeres iban siete domingos con velas, «haciendo la sepultura» en el sitio donde estuvo el cadáver.

Como constelando muy separadamente las tierras levantadas con recuerdos de muy preteritos tiempos de culto a los muertos queda en Burriana el juego infantil de poner en el suelo los niños el Día de los Difuntos candelas o «cremarras», y quedó hasta hace medio siglo en Villafrañuela (Alicante) la costumbre de arreglar la cama con las más ricas sábanas y coberturas para que pudiera descansar el difunto que allí murió dentro del año, y análogamente puede citarse el caso en Crevillente.

Un alumbrado españolísimo es el que por todas las tierras olivíferas de la Mancha, Andalucía y Levante se hace el Día de los Santos, colocando en amplia vasija de barro «lamparillas» quemadoras del aceite que flota sobre una pequeña capa de agua; y, en general, puede afirmarse que en tan vasta región como la que preside Madrid colgáncense tantas lamparillas como difuntos hay recientes o recordados en la familia. Esta ofrenda de luz de aceite, que parte el solar español con la castellana y norteña de luz de cera, preséntase, sin embargo, dentro de esta última región en múltiples pueblos de la Montaña santanderina y de las serranías burgalesas, aunque no esté claro que el óleo que arde sea el del aceite del árbol mediterráneo.

Tal fuerza y atavismo tiene la comida para el culto de los muertos, que, más o menos transformada, continúa esta creencia actualmente, aunque incrustada con plena catolicidad en su conmemoración. Por esa anómala coincidencia de existir conjuntos ultramodernismos en las ideas y la tradición más ancestral, queda en pleno París, superando a varias regiones bal-

canicas e italianas, la colocacion en las propias tumbas de comida para los allan-terrados, y en las regiones montañosas de Francia y en los países antedichos, así como en España, en tiempos muy preteritos, en comarcas que nosotros estimamos habitadas por la estirpe del hombre alpino o centroeuropeo, colocábase en las ventanas platos populares—algunos solamente hechos con este fin de ofrenda—la noche de Todos los Santos.

Pero la ofrenda subsiste, entregada al párroco, en multitud de iglesias norteafricanas y castellanas, siendo ésta típica por tierras de Salamanca, y llegando a las de Segovia, en Castroserna, el pan, llamado «bodigos», es de tan mala forma, que el nombre pasó peyorativamente para designar las caras fuera de la estética generalmente apreciadas. El «pan de ánimas» es también nombre corriente en aquellas tierras, y animeras se llaman a los que lo recogen en Zamora en la misa de ánimas, durante la cual «encuerdan» tocando los adecuados instrumentos en algunos de sus pueblos. Tal vez fué una forma mucho más primitiva de esta comestible a los muertos la que en dos pueblos santanderinos subsistía hasta hace unos setenta años: en Resconorio, en el valle de Luena, colocábase un carnero o castor sobre el túmulo de la misa de ánimas, igualmente que en Matamorosa, en el valle de Campóo, carnero que era después comido en el banquete funeral de los cofrades.

Las rondas de mendicantes de comidas para los muertos, toleradas por la Iglesia, hacían la petición por las casas del pueblo y circulando alrededor de la Iglesia y del cementerio, y su colecta, o servía para el banquete de los peticionarios o entregaba las ofertas que se entregaban a los sacerdotes, y aun existían cofradías a este fin dedicadas, entre las que destacamos las de la villa toledana de Almorox, en los lunes y martes de Carnaval, dan, en nombre de las ánimas, a los vecinos del pueblo convite de seis tazas de tostones, nueve bizcochos y abundante vino, jugando luego en la plaza la bandera de ánimas y repitiendo el convite en la jura de mayordomos.

Más perduración que la ofrenda a los muertos tiene la comida hecha por los vivos en su recuerdo, que generalmente se realiza en la cena familiar de Todos los Santos, sirviendo de base al conduction los platos más típicos y tradicionales de la comarca. El más destacado de los platos es el de la «castañada», que conserva este nombre en la región aragonesa pirenaica y catalana, y se llama de «magostos» en casi todo el litoral cantábrico de Galicia a Santander, en alguno de cuyos pueblos se limitaba la cantidad al número de ánimas que querían escapar del Purgatorio.

Pasa la «castañada» por León a Valladolid y Avila, tierra rica en castañas, que aun se acrecen en Extremadura, por la cual era muy general en esta comarca la cena del «calibote», de castañas cocidas con anís o simplemente asada; y siguiendo en la costumbre la vegetación forestal, salta a Granada, aunque nosotros, por sí más que por la flora dominante, interpretaríamos la costumbre de la Andalucía oriental. Pueden los madrileños entrar en este área del yantar funerario, al hacer de la castañera su aparición en las calles de Corte el día de Todos los Santos, y los barceloneses entran asiadamente en el mejorándole con los dulces y la rica masía del país.

Para que no falte la cena en las regiones en que el castaño no crece, que en principio es la Mancha y su continuidad por la Alcarria y aun su hoya de Sierra cordobesa, hay en esta zona la remida de «gachas» o «puches», que los Sayatón, en Guadalajara, bajan a los pueblos de la sierra y ribera del Guadalupe, donde las «sopapapas» son el plato del bueque; y de Este a Oeste, Belmonte—donde, como epílogo del yantar, embadurnaban los mozos las fachadas de las casas con las mozas—, Huete y Argamasilla de Alarcón, la frontera manchega, que si bien nientra queda folklóricamente limitada por la extremeña del uso de castañas, recorriendo una zona central toledana, desde los puches añaden la miel y los castañones tostados, modalidad que sube hasta la sierra de Guadarrama, tierra de pastores, como toda la extensa región.

Coincidiendo y superponiéndose a esta zona de las gachas está por casi todos los pueblos donde éstos forman el menú principal la explicable costumbre, por la multitud del plato, de embadurnar y tapar las cerraduras de las puertas callejeras para evitar así que las ánimas, y sobre todo las dañinas, penetren por ellas en el interior de las moradas.

Especialísima mención merecen las empanadas hechas en las torres, que se toman calientes, con repique de campana, y fogueadas allí quemadas por los mozos, en múltiples formas de recogida de la masa y leña, o típicas variaciones, que podemos insertar, en las separadas localidades en que se manifiesta el hecho, como de Tudanca (Sanfander) a Huasca, por el Norte, a los más numerosos pueblos del Oeste que en otras regiones, por La Salamanca y Extremadura, zona ésta de la más rica, no sólo en folklórico y etnológico, sino en objetos etnográficos.



## Coplas de Jorge Manrique



«Cessa la embidia con la muerte»

Si fuese en nuestro poder  
tornar la cara fermosa  
corporal,  
como podemos facer  
el ánima gloriosa  
angelical,

¡qué diligencia tan viva  
tuviéramos toda hora,  
y tan presta,  
en componer la cautiva,  
dejándonos la señora  
descompuesta!

Ved de cuán poco valor  
son las cosas tras que andamos  
y corremos,  
qué, en este mundo traidor,  
aun primero que muramos  
las perdemos:  
dellas desfaze la edad,  
dellas casos desastrosos  
que acaescen,  
dellas, por su calidad,  
en los más altos estados  
desfallecen.

Dezídme, la fermosura,

la gentil frescura y tez  
de la cara,  
la color y la blancura,  
cuando viene la vejez,  
¿cuál se para?  
Las mañas y ligereza  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torno graveza  
cuando llega al arrabal  
de senectud...

... Los placeres y dulces  
desta vida trabajada  
que tenemos,  
¿que son sino corredores  
y la muerte la celada  
en que caemos?  
No mirando nuestro daño,  
corremos a rienda suelta  
sin parar;  
desque vemos el engaño  
y queremos dar la vuelta,  
no hay lugar.

## DOS SONETOS DE QUEVEDO

¡Fué sueño Ayer; Mañana será Tierra!  
¡Poco antes, nada; y poco después, humo!  
¡Y destino ambiciones y presumo  
apenas punto al cerco que me encierra!

Breve combate de importuna guerra,  
en mi defensa soy peligro sumo;  
y mientras con mis armas me consumo,  
menos me hospeda el cuerpo que me entierra.

Ya no es Ayer; Mañana no ha llegado;  
Hoy pasa y es, y fué con movimiento  
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,  
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,  
cavan en mi vivir mi monumento.

Señor Don Juan, pues con la fiebre apenas  
se calienta la sangre desmayada,  
y por la mucha edad, desabrigada,  
tiembla, no pulsa, entre la arteria y venas.

Pues que de nieve están las cumbres llénas,  
la boca de los años saqueada,  
la vista enferma, en noche sepultada,  
y las potencias de ejercicio ajenas,  
salir a recibir la sepultura,  
acariciad la tumba y monumento;  
que morir vivo es la última cordura.

La mayor parte de la muerte, siento  
que se pasa en contentos y locura,  
y a la menor se guarda el sentimiento.

## De "El Diablo Mundo", de Espronceda

«¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?  
Un misterio también!... Corren los años  
su rápida carrera, y escondida  
la vejez llega envuelta en sus engaños:  
vano es llorar la juventud perdida,  
vano buscar remedio a nuestros daños;  
un sueño es lo presente de un momento,  
muerte es el porvenir, lo que fué, ¡un cuento!...

Los siglos a los siglos atropellan;  
los hombres a los hombres se suceden,  
en la vejez sus cálculos se estrellan.

su pompa y glorias a la muerte ceden:  
la luz que sus espíritus destellan  
muere en la niebla que vencer no pueden,  
¡y es la historia del hombre y su locura  
una estrecha y hedionda sepultura!

¡Oh! ¡Si el hombre tal vez lograr pudiera  
ser para siempre joven e inmortal,  
y de la vida el sol le sonriera,  
eterno de la vida el manantial!  
¡Oh! ¡Cómo entonces venturoso fuera:

roto un cristal, alzarse otro cristal  
de ilusiones sin fin, contemplaría  
claro y eterno sol de un bello día!

Necio, dirán, tu espíritu altanero,  
¿dónde te arrastra, que insensato quiere  
en un mundo infeliz, perecedero,  
vivir eterno mientras todo muere?  
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?  
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?  
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...

## DOS SONETOS DE UNAMUNO

Eres sueño de un dios; cuando despierto  
¿al sueño tornarás de que surgiste?,  
¿serás al cabo lo que un día fuiste?,  
¿parto de desnacer será tu muerte?

¿El sueño yace en la vigilia inerte?  
Por dicha, aquí el misterio nos asiste;  
para remedio de la vida triste,  
secreto inquebrantable es nuestra suerte.

Deja en la niebla hundido tu futuro  
y vé tranquilo a dar tu último paso,  
que cuando menos luz, vas más seguro.

¿Aurora de otro mundo es nuestro ocaso?  
Sueña, alma mía, en tu sendero oscuro:  
¡Morir..., dormir..., dormir..., soñar, acaso!

Oír llover no más, sentirme vivo,  
el Universo convertido en bruma  
y encima mi conciencia como espuma  
en que el pasado gotear recibo.

Muerto en mí todo lo que sea activo  
mientras toda visión la lluvia esfuma,  
y allá abajo la sima en que se suma  
de la clepsidra el agua y el archivo  
de mi memoria, de recuerdos uncido;  
el ánimo saciado en puro inerte;  
sin lanza, y por lo tanto sin escudo,  
a merced de los vientos de la suerte,  
este vivir, que es el vivir desnudo,  
¿no es acaso la vida de la muerte?



# LAS DANZAS MACABEAS EN EL "DE PROFUNDIS" ESPAÑOL

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA



**V**IVIR es esperar a que la muerte baje del cielo. La sentencia es de aquel Dionisio el Cartujano, que nos legó el «Cordial de las cosas postrimeras». ¡Cuán ausente de este monje está la amargura de las danzas macabeas que vienen de tierras de Norte! Son al principio rondas de espectros que festejan bailando el día 2 de noviembre. Se teatralizan más tarde y someten la danza a una moralidad o texto rimado para empavorecer pecadores. La Muerte en esos mimodramas convoca a los Estados del mundo a una gran libación de acibar. Todos entran en la ronda y tienen papel en el drama: el Pontífice, el Emperador, el gran Camarlengo, el héroe de cien combates, con sus cruces y sus cicatrices; el doctor de las cuatro borlas, el juez, el preboste, el astrólogo, el usurero, el mester de clerecía, el menestral, el rábula, el caminante, el labrador y otros y otros más. A todos la Muerte—a todas también, de reina a abajo—da el mismo tratamiento. Si es el Padre Santo le dice:

Non vos enojedes Sennor Padre Santo  
de andar en mi danza que tengo ordenada.

Al Emperador le amonesta:

Aquí perderedes el vuestro cabdal  
que atesorastes con gran tiranía  
faziendo batallas de noche e de día.

Si es al médico, se le ríe en las barbas:

Pensastes, vos, físico, que por Galeno  
e Don Ipoecras con sus informismos  
seriades librado.

Y luego:

Mas no os valdrá faser gargarismos,  
componer xiropes ni tener dietas.

Y así, dando a cada cual su burla, les encoge el corazón y les hace girar en el coro macabro. No yerra quien supone que esta nivelación de toda cabeza ante el imperio universal de la Muerte halaga a muchos. Gusta entre nosotros que el tiempo siegue las torres como si fuesen espigas. (Siempre la mesa contra la tabla redonda, siempre la hez contra la prez. Del despecho y del hervir fangoso de los bajos del alma ¡libranos, Señor.)

Las danzas de la Muerte entran en España por la vía erudita y son casi siempre traslados del francés. Los versos que transcribimos son de una danza que se compuso en tiempo de los Reyes Católicos.

Otra danza macabea hay de Vital, monje del Cister. La Muerte llama en ella al «feinant», que no es el indolente, sino el fingidor, pues la Intrusa le reconviene por sus engaños. Según pa-

«Ayer, por última vez, expliqué ante el Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar: Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!» Y ciertamente, no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.»

(Del Testamento de José Antonio.)



rece, este fingidor no cae sobre las doncellas como el halcón pirata del aire sobre la garza ni como el oso del fabulista sobre el colmenar. No las toma al asalto para solaz de su brio ni retrae la batalla de amor del campo de plumas.

No es hombre de guerra ni banderizo de parcialidad o de liga, como tampoco el «bourguignon» ni el armañaque de puño en lanza que hemos conocido a través de las Crónicas. Este es un caballero con un castillo, unos bosques y unas tierras de labor, caballos y perros. Sabe conciliar la cortesía y la altanería, y esta mixtura de cualidades obra a manera de un filtro en todo burlador. Este de la danza del monje del Cister es además un «parleur», un sibarita de la palabra. La Muerte le reprocha en la farsa la doblez con que subyuga a las doncellas y la crueldad con que las olvida. El fingidor se engalla y contesta con una frase que quizás sea divisa: «Quo qu'il advienne» (Suceda lo que quiera). Y después, poniendo la mirada como un dardo en la Muerte: «Je te brave» (Te desafío). El «si tan largo me lo fiáis» de nuestra gente está latiendo aquí. Hay algo más que aquello de Rodrigo de Ossorio, continuador del «Vejamen contra el Mundo» que llevaba Jorge Manrique en el seno el día de su muerte:

La gruesa sensualidad  
de este cuerpo ponderoso  
que traemos.

Hay un gran desafío a las potestades invisibles que España hizo suyo alguna vez, pero que no es enteramente suyo. En los ademanes de Castilla hay otra continencia, y hasta las borrascas que el corazón envía a la frente taciturna más se adivinan que se ven. Ese Cordial de las cuatro cosas postrimeras—Muerte, Juicio, Infierno y Gloria—da a lo más hondo de nuestra literatura su destino. ¡Muerte! Esperar aquí, entre nosotros, como el cartujano enseñó, a que la Muerte caiga calladamente del cielo

es imposible, porque ella tampoco espera. Si las danzas de la Muerte no son muy nuestras, ¿lo serán las «Disputas del Alma y el Cuerpo»? El tema es universal, y los ingleses lo arrostran por los días en que el Rey Alfredo vierte del latín al idioma vernáculo la historia eclesiástica de Beda y el primer canto de Cadmon: «Primum cantavit Cadmon istum carmen.»

Pensemos en las disputas más conocidas entre nosotros. La más antigua es la descubierta por D. Tomás Muñoz y Romero al dorso de un pergamino del Archivo Histórico Nacional y publicada por el primer marqués de Pidal en 1856. Data del siglo XIII y trae reminiscencias del altercado latino «Rixa animus corporis» que un monje de Cluny vulgariza en Francia en la Edad Media. Francés es el original de esta «Disputación del Alma y del Cuerpo», como Wolf ha acreditado y los manuales de historia literaria compulsan los alejandrinos que abren el poema:

Un samedi per nuit en dormien mon lit  
et vu en me dormant une vision grant.  
(Un sábado exient domingo amanecient  
vi una gran vision en mi leito dormient.)

En una de las caras del pergamino, que procede del monasterio de Oña, una escritura de donación entrevera sus renglones con los versos del poema, que vienen del otro lado corridos como si fuesen prosa. Don Ramón Menéndez Pidal, en una edición diplomática de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», nos restituye el fragmento mutilado en el original. Cuerpo y alma de un difunto recién enterrado se acusan mutuamente de engendrar los pecados que entenebrecen la Creación. Se cruzan imputaciones en un torneo en que matar a la Muerte, como en el paso del retador, está vedado. Es la Muerte la que mata en ese careo de condenados, que aguzan su esgrima cuando todo es irreparable. Repueba el alma lenidada del cuerpo, no macerado con ayunos ni cilicios de penitencia; del cuer-

po al que nunca «halo iluminó», ya que no daba diezmo al altar ni sangre a la cruzada. Hay en la reconvencción dos o tres inflexiones de nostalgia que anuncian el canto más genuino de nuestras letras, «cante jondo» sobre el guitarrero, que en la noche oscura del alma es un surtidor de estrellas que mueren sin trayectoria. En ese «¿O son?» de «son los parafrés» (los palafreños), «los frenos esorados», «o las copas d'oro fino», se predibuja la gravedad manriqueña, que es como la tónica en el «de profundis» de nuestra poesía. La disputa cambia de sentido cuando siglos después es redactada en versos de metal más noble. Releamos la que se conserva en el Códice de «El Escorial», que nos guarda asimismo una «Danza de la Muerte» y los «Proverbios morales» de Sem Tob. Se llama «La revelación de un ermitaño», y empieza con los versos:

Después de la prima hora pasada  
en el mes de enero la noche primera.

En tal cual reminiscencia, en tal cual resonancia de esta revelación oímos la voz del Alighieri, que ha poblado las tierras solares de ecos como los que Milber Francisco Imperial, el del «Decir de las siete virtudes», derrama en Sevilla. Ya en esta Disputa, fechada en «C. C. C. C. en beinte» asistimos a una intervención del demonio y en seguida a la del ángel, que asiste al alma y la conduce a su salvación. Esto quita al sermón del alma contra el mundo el llamear de la angustia que en el texto primitivo se contuerce y se crispa. Falta lo irreparable, y la amonestación del alma, que ha logrado la ventura postrimera, pierde el rigor. En versiones del siglo XVI, como en el «Departimiento del cuerpo y del ánima», de Antón de Mata, el tema decae y en alguna el alma pesa casi maquinalemente en un platillo el bien y en otro el mal que el cuerpo ha dejado tras de sí en el mundo. De esto ya ni hablar se debe, porque aquí se baja a la tierra con otro empaque. No es que se eluda el realismo de esas danzas macabras ni que se oponga a la rueda de esqueletos las sombras que en Virgilio pasan armoniosamente en el verso

Pedibus plaudunt choros et carmina dicunt.

Preferimos ver venir a la Muerte de bulto; pero, pese a los Valdés Leal y a algunos imagineros, verla venir con la nobleza suma en el ademán y hasta, si es posible, a caballo. Las danzas macabeas no empavorecen aquí ni a los niños. Gente nuestra es la que dijo: «Muerdo porque no muerdo, aunque el placer de morir me torne a dar la vida...»

Se muere entre nosotros para vivir en las eternas luces; y cuando la Muerte avisa, se responde «¡Vámonos!» y ningún español de la gran especie ha pedido prórroga.

«¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiese en discordias civiles! ¡Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia. Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio, para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me han podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio, grande o chico.»

(Del Testamento de José Antonio.)



# LA MEDIDA DEL TIEMPO

Por LUIS ROSALES

1.° Todo lo que se vive, pasa; todo lo que gozamos o sufrimos siente el paso del tiempo. Vivir es sucederse. Sentimientos, pensamientos, sensaciones, tienen, por un instante sólo, un claro espejo en la conciencia y pasan después, no a morir, sino a formar el silencio sensible de nuestro corazón o, dicho de otro modo,

la memoria interior de la esperanza.

Estos momentos de conciencia y claridad sentimental son breves, deslumbradores, y también, como sol que se levanta entre la lluvia, símbolo de paz. Luego, velando su esplendor, van adentrándose en nuestra sangre. Allí se quedan, se nos quedan, como sal en el agua. Lenta, continua, irrevocablemente, el tiempo ordena el contenido de nuestro corazón, revoca de cal sus tapias solas, las viejas tapias con la hiedra real, la hiedra de pie inquieto, que se ilumina con un oro rosado en la caída de la tarde; lenta, continua, inexorablemente, el tiempo nos va sepultando y nos va dando nacimiento. No hay fuerza contra él, contra el tiempo, y todo lo que fuimos y lo que somos queda desmayado entre sus brazos.

2.° Esta lucha difícil y amorosa del tiempo con nuestro instinto de perduración es lo que constituye el verdadero ser de la poesía. Lo poético en nuestra vida y en nuestra obra sólo es lo permanente; sólo estriba en aquello que el tiempo no ha de llevarse entre las alas. Toda otra intención puede ser lírica, artística o literaria, pero no es poética. La poesía no expresa tanto la belleza de las cosas como su permanencia por la palabra, y aquella que sólo tiene por meta la belleza, frivola su fin. Lo bello, ciertamente, es duradero de por sí; pero la auténtica poesía no comienza a realizarse, a verificarse, sino allí donde lo duradero se torna permanente. Esta es la razón de la frescura de su oro y de su siempre renaciente virginidad. No puede bastar la belleza a quien teme perderla, a quien sabe que el tiempo la marchita, como hace perder el brío de una mirada el correr de los años. Todo arranque poético verdadero es elegíaco; conmemora una pérdida, un amor o una rosa, a los que no se puede renunciar.

3.° En la poesía barroca, ya entrado el siglo XVII, adquiere el tema del tiempo una importancia extraordinaria. Todos sus motivos poéticos esenciales están brizados por él y, por así decirlo, se temporalizan. Se tiene de una manera imprimita, cada vez más, a una expresión actualizada y fugitiva en la cual lo que se gana en evidencia (Góngora) o en pasión (Quevedo), se pierde en expresión anímica y en vocación de eternidad. El barroco, conceptista o culterano, es un mundo poético dentro del tiempo de presente, cerrado, sucesivo y aparente. Siente el paso del tiempo como el enfermo en agonía. Lo canta reiteradamente, acaso con el más dramático y azeante pasmo de la lírica universal.

¡Oh, cómo de mis manos te resbalas;  
oh, cómo te deslizas, vida mía!

Y es, efectivamente, su deslizarse y su fluir la única dimensión del tiempo que percibe con nitidez. Y no el edificio o la arquitectura donde habita, la tumba en donde cae.

Risueña enfermedad son las auroras;  
línea de la salud es su alegría;  
línea, sepultureros son las horas.

¡Voz grave, temporal, agónica y apasionada de don Francisco de Quevedo, donde se agolpa la sangre y vibra y campaneaba aún en el último latido! Pero no nos conviene insistir. El tema del tiempo visto a través del desengaño que va iluminando dolientemente todo el ámbito español del siglo, pierde su sentido activo y vivificador, pierde sus alas con el recuerdo y la esperanza, y se reduce más propiamente a este otro: la medida del tiempo. La consecuencia es clara. Sin vivir, empujado y llevado por él, por el tiempo, se encuentra el hombre.



«El camino de la muerte es común a todos»

como el que divertido el mar navega  
"y sin moverse vuela con el viento",  
y antes que piense en acercarse, llega.

Y sin moverse vuela con el viento; así, dicho con frase afortunada y heladora: vivimos o soñamos vivir desconrazonados, desgobernados. El tiempo constituye ya, no sólo nuestra voluntad, sino nuestro ser.

4.° Y aun más que la medida del tiempo, el tema dramático del desengaño es la sucesión. Si la poesía se enlaza con el tiempo o, como dijo Machado, es el diálogo del hombre y el tiempo, la sucesión se enlaza con la muerte o, mejor dicho, la sucesión es la presencia misma de la muerte. Es más: pudiéramos decir que es su única presencia. Por esto nuestra poesía barroca los enlaza casi continuamente. El tema de las ruinas, el del barco encadenado, el "carpe diem", la moralidad de las flores y tanto y tanto otro, son la expresión de este vínculo férreo, con el cual el desengaño enlaza la sucesión del tiempo y el sentimiento de la muerte. De entre estos temas, numerosísimos, yo quisiera destacar hoy solamente uno de los más bellos, originales y olvidados. Es el que dice así:

## A LAS CENIZAS DE UN AMANTE, PUESTAS EN UN RELOJ

Ostentas, ¡oh, feliz!, en tus cenizas  
el afecto inmortal del alma interno,  
que como es del amor el curso eterno,  
los días a tus ansias eternizas.

Muerto, del tiempo el orden tiraniza,  
pues mides, derogando su gobierno,  
las horas al dolor del pecho tierno,  
los minutos al bien que inmortalizas.  
¡Oh milagro, oh portento peregrino!,  
que de lo natural los estatutos  
rompes con eternar su movimiento.

Tú mismo constituyes tu destino,  
pues por días, por horas, por minutos,  
eternizas tu propio sentimiento (1).

Es un soneto grave y delicado. En él se funden las dos motivaciones temáticas más importantes de la lírica del diecisiete: la medida del tiempo; la perdurabilidad de nuestro amor terreno. Quizás se encuentren en nuestra poesía más altas y acrisoladas concepciones; más delicadas, no; más humanas, tampoco. Y lo que más nos impresiona del tema y aumenta y patentiza su dramatismo es precisamente que sea una creación absolutamente imaginativa, sin posibilidad alguna de realización y concreción. Parece un juego, maravilloso, desde luego, decadente y literario. Sin embargo, este es el sueño vivo y quemado por el calor de la sangre de toda una generación; este es el polvo enamorado de Quevedo; esto es decadente y literario. Sin embargo, este es el sueño vivo y quemado por el calor de la sangre de toda una generación; este es el polvo enamorado de Quevedo; esta es la carne "Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa", que habla cantado Lope; está la figura "incorruptible siempre y siempre pura" de la amada de Juan de Tassis, conde de Villamediana. La imaginación ha logrado un milagro. Y un milagro necesario, ciertamente, más alimentado por la angustia que por la fe. Un milagro que ha dado corporeidad y realidad de amor al amado que después de su muerte sigue ordenándonos el tiempo. En el acierto del terceto final queda expresada la verdadera, la imposible y la mortal angustia del amante, por perdurar, por sucederse a sí mismo y eternizar su propio sentimiento.

5.° El tema, procedente de un epigrama latino, casi banal, de Jerónimo Amalteo, tiene en nuestra poesía otras muchas reiteraciones, si alguna de ellas más delgada y transida que la de Quevedo, ninguna de su claridad y violencia expresivas. Dice, en su versión de él, don Luis de Ulloa:

Esta que te señala de los años  
las horas de que gozas en empeño  
muda ceniza, y en cristal pequeño,  
lengua que te refiere desengaños.

Un tiempo fué, Lisardo, a quien engaños  
de Fili, su querido y dulce dueño,  
trasladaron del uno al otro sueño.  
¡Prevente, huésped, en ajenos daños!

En tanto estrecho al miserable puso  
el incendio de amor, y la aspereza  
de condición esquiva y desdenosa.

Póstumo el polvo guarda el primer uso  
inobediente a la Naturaleza:  
padece vivo, y muerto no reposa.

Quevedo había valorado en el tema principalmente su angustia y su profundo sentido intelectual. Como en tantos otros momentos, su voz es la más apasionada y enteriza de su siglo. En su soneto el tema no se enriquece con la expresión; es la expresión en todo instante, la que se valora, cuanto más íntimamente se pone en contacto con el tema. Sus más bellos versos son precisamente los definidores, los que cumplen de una manera más ceñida el servicio de la expresión. En Ulloa no ocurre así. Si lo característico de Quevedo es la pasión, en Ulloa es el ingenio. Y la pasión es engrandecedora y rectilínea, en tanto que el ingenio es delimitador y zigzagante. Sus mejores hallazgos o son descriptivos—"muda ceniza y en cristal pequeño"—o no se ciñen al tema con integridad—"trasladaron del uno al otro sueño", que bien podía encontrarse en cualquier otro poema de carácter elegíaco. En cuanto al pensamiento "padece vivo y muerto no reposa", ha perdido grandeza, se encuentra más herido del desengaño, y en la emoción que nos causa su lectura tiene más privilegio la sorpresa que la admiración.

6.° Pero las posibilidades líricas del tema no las habían agotado ni la pasión ni el ingenio. Es quizá demasiado delicado y tenue para la mano fuerte de Quevedo, demasiado bello y expresivo para el escueto conceptismo de Ulloa. Su arquitectura ganaría en belleza al referirlo a una mujer. Sería más dulce la rememoración, y apoyada en la descripción de su belleza, más doliente el contraste. Si recordemos: "Aquí la rosa de la boca estuvo". Y además, el tema, aunque perdiese altura, se haría más cálido, más vivido, al desprovenerle de su carácter intelectual. Así, finalmente, debió comprenderlo D. Francisco de la Torre Setil. En esta última versión el tema aspira, más que en ninguna otra, a la plena realización de su belleza. Y lo consigue en la sorprendente serie de sonetos que le dedica este autor al final de su libro. La antigua pasión vuelve a alear ya en el calor de una sonrisa. No ha de volver a levantarse. Escuchemos: Es el último vuelo.

## A UN RELOJ DE VIDRIO, CUYAS ARENAS ERAN CENIZAS DE UNA BELLEZA DIFUNTA

Esa porfía que la vida cava  
y a cada instante acuerda su ruina,  
si ya pasó el morir, ¿dónde camina?,  
y si no vive, ¿cómo siempre acaba?

Frente que inmenso rayo coronaba,  
índice es que las horas determina;  
segunda vez en la inconstancia fina  
la que ya en ocio infausto descansaba.

Alma al vidrio le da nunca dormida,  
del tiempo que en su polvo se convierte  
la numerosa fuga repetida.

¡Oh, ciega vanidad!, todo te advierte;  
para enseñar que así muere la vida;  
así con inquietud vive la muerte.

(1) De D. Francisco de Quevedo. Versión inédita. Mase. B. N. 9.636. Folio 140 v. Da una versión Astrana sólo como probable de Quevedo, con variantes poco afortunadas.



«La muerte a todos iguala»

«El sabio no vuelve a llamar el tiempo bien gastado»



# Llega la Muerte y recordamos a Quevedo

Por SAMUEL ROS



**E**l último paso de octubre se detiene con miedo y respeto ante la Muerte, que abre su camino al tiempo de noviembre. No sigáis más sin meditar, porque aquí, adonde ha llegado el año, los días tienen entre sus filas al hueco negro de una fecha que rompe su blanca uniformidad. Es la Muerte, coronada con flores litúrgicas, quien toma de una mano el último día de un mes y el primero de otro, y cierra la rueda del tiempo y gira en el corro cantando a la vida que es, ¡ay!, ella misma.

Pero esta Muerte que llega no es la de todas partes, ni es sólo la fatal Muerte que besa a todos los hombres para pararles el corazón; es la conocida y singular Muerte española, la que se mira en nosotros como en un espejo para reconocer en nuestra carne su propio hueso, como en el hueso suyo nosotros reconocemos nuestra propia carne. Esto es ser católico u hombre que ha matado a la Muerte. Si en las ciudades de los vivos cantan las campanas en el Sábado de Gloria por la resurrección de Dios, y en los camposantos o ciudades de los muertos todos están con el oído atento a la trompeta del último Juicio que nos cumpla la resurrección de la carne.

En español se puede perder el miedo y hasta el respeto a la Muerte. Por ahí está Don Juan convidando a los muertos; por ahí y por allá, al otro lado del mar, en la América entrañable, donde también se repiten los versos del Tenorio, bajo la fingida luna sevillana, conmoviéndonos a nosotros mismos, que somos puro drama: «Vosotros —oh muertos— a quienes maté.»

Y después el orgullito que no puede faltar. ¿Y cómo podría ser, si sabemos como nadie que ganar es perder con su viceversa.

“Pues alas fueron, con que la esperanza voló en el español atrevimiento.”

Así dicen los versos de Quevedo, y aún dicen más en el mismo soneto:

“Sobran los desengaños confianza, muerte el valor rousea el sentimiento.”

Para en los desengaños el deseo, y vete, pues has visto el más gallardo, en poca tierra, en tierra convertido.”

Tenemos bastante en Quevedo para meditar en la muerte. No salgamos de él hasta necesitar de las amenazadoras iras de Dios para nuestros pecados, y de los esperanzados consuelos de la religión para nuestro arrepentimiento.

Van y vienen en estas fechas los vivos hasta las tumbas donde reposan los muertos. En sus brazos, las flores, que después de nacer de la tierra sin conocerla vuelven a la tierra para su conocimiento. Y lo que allí contempla lo vivo no es, si el latido se llama español, lo que otros ojos humanos contemplan... Porque no inspira insipida piedad ni vago nihilismo cobarde y mezquino, ni femenino horror, sino que inspira conciencia de origen y fin: sabiduría. Y también, un punto de rebeldía pronto sometida por la razón.

Van y vienen a la memoria los versos de Quevedo. Siempre don Francisco cuando se tropieza con la raíz de España. ¿Para qué comparar sus versos para toda clase de muertes con otros de nuestra lengua?... ¿Para que hablar de la hoja cuando se tiene el tronco? Y este tronco es del que salen las tablas de la salvación.

“Invidia del infierno fué, temiendo que el ruido ronco de la guerra inquietara de España la memoria.”

Y para esta memoria despierta de España, cuando suena el ruido ronco de la guerra, hace falta que la Victoria sea, porque:

“Vencieron tus Ejércitos, armados igualmente de acero y oraciones.”

La muerte militar, que es la más española, tiene en los versos de Quevedo todas las posibles figuras de la estatua que inmortaliza al héroe. Suenan los apellidos de la sangre como ríos que abordan remotas geografías. Así dice de don Pedro Girón, duque de Osuna:

“Del Asia fué terror. De Europa espanto y de la África rayo fulminante.”

Y habla el mismo mármol del sepulcro haciendo el verso también mármol:

«Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo, y al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.»

(Del Testamento de José Antonio.)

“Lágrimas de soldados han deshecho en mí las resistencias del diamante; yo cierro al que el ocaso y el levante y su victoria dió círculo estrecho.”

Espinola, Sandoval y Rojas, don Fadrique de Toledo, Bracamonte. Apellidos y ciudades del mundo que un día fueron la historia del mundo, porque casi diría que es oficio español darles historia al mundo y mundo a la historia:

“Imperio tuvo un tiempo, pasajero, sobre las ondas de la mar salada.”

Y cuando la historia del mundo se reduce a un solo corazón donde la pena hace nido por la Muerte, también los versos de Quevedo alcanzan a expresar lo que es milagro conseguir.

Mientras van y vienen los vivos hasta las tumbas, y mientras cierran los ojos ante ellos como si los volviesen al revés para mirarse a sí mismos, convirtiendo las tumbas en espejos, repetimos los versos que han cantado mejor en el mundo el amor constante, más allá de la muerte:

“Alma a quien todo un Dios pasión ha sido, venas que humor a tanto fuego han dado, medulas que han gloriosamente ardido, su cuerpo dejarán, no su cuidado; serán ceniza, más tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado.”



# EL ESPAÑOL EN VIDA Y MUERTE

Por JOSE MARIA CASTROVIEJO



**A** lo largo de las verdades de la Historia en magnífica agonia ronda la Muerte al español hasta el punto de hacer dolorosamente exclamar a algunos, con más angustia que fe, si sólo será nuestro destino el saber bien morir.

Ya el saber bien morir es algo, frente a los que sólo saben mal vivir. Pero creemos, precisamente con nuestra mística, que la muerte es vida y que todo sentido español de la muerte ha sido y será fecundo. Porque huesos españoles blanquearon por toda la redondez del Globo, y de la Mosa al Amazonas, como de Túnez a Filipinas nuestro osario es antifona que canta gloriosa la verdad hispánica por la que cayeron los mejores infantes del Mundo, ya que como dice Gómara, todos venimos de Adán, por seguidas y probadas generaciones y el español nunca supo dividir a los hombres, sino que se esforzó en unirlos.

Pues hay muchas clases de muerte que son falsas, aunque por la forma resulten bellas. Tal la muerte desesperada—sólo

muere «desesperadamente» el español, cuando no puede servir a su eterno destino, como, verbigracia, sucedió con la estéril muerte de nuestros anarquistas—que es arrebatadora locura, o la muerte por simple codicia, que resulta triste disparate. El español, aunque muera sin esperanza momentánea de seguridad en su cierto sacrificio, lleva en sí senequísticamente una resignación entera que en el simple aspecto de la valoración humana lo hace admirable, y una fe, por oscura que ésta se le aparezca para la trascendencia futura de su entrega, que nos hace pensar en un feliz acompañamiento superior: en un quid divinis.

Escuela de la MUERTE  
ya perdida la suerte  
y olvidada la vida.  
¡Amberes, plaza fuerte  
al triunfo resistida!

Repetimos melancólicamente con Bécquer ante los antiguos muros de Amberes... ya perdida la suerte y olvidada la vida va el alma del español bogando por altos espacios, cerrados los oídos desdeñosamente al simple canto terreno, y el cuerpo, purificado de sus tristes miserias, se transfigura entonces hasta el extremo de hacer de nuestras guerras, cruzadas.

Es Lope fiel reflejo de la española ansia de inmortalidad en lucha con las pasiones que nos atan a la tierra, el que nos recuerda este combate que trágicamente—agónicamente nos dijo después Unamuno—se plantea al hombre de España:

«Dos partes tu moral sujeto encierra:  
Una que te derriba al bajo suelo  
Y otra que de la tierra te destierra  
Tu juzga de las dos el mejor cielo.  
Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra  
Y el alma quiere ser cielo en el cielo.»

Es todo el sentido de la muerte de Zurbarán o Rivera que, si nos hace a veces pensar en una desgarradura, demasiado cruel, con la vida, lo es precisamente en tanto que aspira a otra vida más clara y perfecta.

Vivo sin vivir en mí...

Pero precisamente, y como en la otra vida habrá de justificarse el empleo de ésta, se le asig a a la muerte un sentido de accésit que sólo puede ser conseguido a través de la excelcitud de la obra por la que se entrega la vida.

Así el sentido español de la muerte está alejado de toda idea de suicidio, y por ello nuestras empresas han sido siempre trascendentales, por quejotesas que al mundo parecieran, o precisamente por ser quijotesas, es decir, universales. Y así también, «el que aconseja que se piense en la muerte, aconseja la libertad», como Séneca nos enseña, pero liberándonos de la envoltura de la carne al mismo tiempo que entregamos ésta por otra libertad trascendente y suprema y sin que ello signifique que se desea la muerte por la muerte.

España, al volcarse en su Imperio—el más generoso Imperio que la Historia ha conocido—arrastra por el mundo en empresas de asombro su bello y católico sentido de la muerte, llenando a ésta—valga la paradoja—de vida. Aunque el mundo no haya comprendido el sentido español de la muerte, o lo haya, lo que es peor, deformado. Alto sentido, que hizo grabar en la tumba de un soldado de los viejos Tercios, caído en Flandes, que el cielo se gana con la espada.

¡Hermosa verdad de toda nuestra hermosa y rugiente historia militar, por la que están, también hoy, cayendo los mejores mozos de España en el frío silencio de Rusia!...

«A esto atendí, y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable de todos», ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no faltan comentaristas póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allí cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cruento ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aun pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales.»

(Del Testamento de José Antonio.)



# Los epitafios satíricos en la literatura española

Por MIGUEL HERRERO



A poesía elegíaca puede decirse que llegó a su máxima concentración en los epitafios en verso, que desde los albores cristianos comenzaron a ponerse sobre las losas sepulcrales. Condensaban tales epitafios los rasgos

fundamentales de una vida, los signos básicos de un carácter, la virtud mejor definidora del difunto.

Cómo, siendo el epitafio por naturaleza elogioso y encomiástico, llegó en España a convertirse en sátira y flagelo, es uno de tantos problemas de nuestra literatura, en que no se ha reparado.

Problemático, desde luego, aparece un género poético que funde dos cosas antitéticas y contradictorias: el epitafio elegíaco y el epigrama satírico, de corte marcial. La risa y el llanto, la sátira y la apología, se dieron la mano en una forma híbrida de poesía pseudosepulcral, que explota con mayor o menor suerte la ironía.

Lope, Góngora, Esquilache, Salas Barbadillo, Polo de Medina, Baltasar de Alcázar y todos o casi todos los poetas españoles de nuestra época clásica escribieron estos extraños epitafios artificiales, que nunca se esculpieron sobre una lápida funeraria, pero que fueron leídos con deleite por su agudeza, su concisión y su pícaro satírico-social.

Por qué caminos se ha operado semejante evolución, esto es lo que hay que explicar.

La explicación, a mi ver, está en la fiebre ascética que devoraba a España en los siglos XVI y XVII. Ascetismo exacerbado, tal vez, por una racial o ancestral tendencia a moralizar a lo Séneca.

Esta tensión de espíritu habitual en aquellas gentes, se reveló contra el común adagio «Dios te libre del día de las alabanzas». Ni ese día de la muerte, en que todo se perdona o se olvida, halló indulgencia ante la moral rígida e inflexible de los españoles. Por inercia tradicional, por intereses familiares, se seguían escribiendo alabanzas epítáficas; pero el anhelo perfecto general se desentendía de semejantes panegíricos, e iba al mismo borde de las tumbas a roer los huesos de los muertos.

La observación del sagacísimo fray Cristóbal de Fonseca sorprendió un espectáculo que tiene todo el valor de síntoma: «Pónense en la Iglesia Mayor, sobre la losa del canónigo, cinco o seis de los que cortan de vestir sin ser sastres, y sin tener atención a lo que dijo Píndaro, que a los muertos se debe más respeto que a los vivos, y con ser cosa cierta si estuviera vivo, no se atreviesen a mirarle, cuanto más a hablarle y murmurarle, comenzaron a decir las cien mil leyes. Uno dice que vivió sin ninguna. Otro: «Qué pestilencia de pavos y de capones comen aquí los gusanos!» Otro: «¡A lo menos tiene la losa más letras que su dueño!»; Qué de testimonios que levantó a los misales!

Este vendaval de crítica, que seca las flores de los sepulcros, anima y enardece el tizon purificante de la mordacidad y desarrolla en España la afición desatada a emarcarizarlos. ¿Qué son esos sarcasmos sorprendidos por el P. Fonseca junto a la tumba del pobre canónigo, sino la vuelta al revés de su epitafio? Pongámoslos ahora en verso, y ya tenemos explicada la génesis de estas composiciones pseudoeptáficas.

Expongamos unos especímenes del género. De D. Jerónimo Camargo y Zárate es este epitafio a un borracho:

En esta tierra sellada  
que sepulta un botiller  
una cepa ha de nacer,  
que está una uva sembrada.  
Oh, tú, beata cansada,  
que estás al sepulcro atenta;  
del difunto no hagas cuenta,  
pues tu sufrimiento le irrita;  
no le echas agua bendita,  
que el tormento se le aumenta.

Góngora no fué de los que menos emarcarizaron. Sirva de muestra este abrupto, que, a no dudar, arrancó de su peñola un caso real de su tiempo:  
Aquí yace un capellán,  
que de puro majadero,  
dejó por su heredero  
al cabildo y al deán.



Esta concisión tan bilblitana nos autoriza a rechazar por espúreo este otro epitafio que le atribuyen los códices. De Góngora tiene, desde luego, la intención muerfina:

«A una dama que tuvo amistad veintidós años con un caballero del apellido De la Cerda:

Yace debajo de esta piedra fría  
Mujer tan santa, que ni escapulario  
Ni cordón, ni correa, ni rosario  
De su cuerpo jamás le caía.  
Trajo veintidós años en por día  
Un cilicio de «cerdas» ordinario;  
Todo el año ayunaba a San Hilario,  
Porque nunca hilaba ni cosía.  
Fue su casa un devoto encerramiento  
Donde iban a hacer los ejercicios  
Y a llorar sus pecados las personas;  
Murió sin olio, no sin testamento,  
En que mandó a una prima sus oficios,  
Y a cuatro amigas cuatro mil coronas.

A veces los ingenios se tocan. Baltasar Alcázar escribió un epitafio «A una dama muy delgada», que empieza así:

Yace en esta huesa oscura  
una mujer tan delgada  
que en la vaina de una espada  
se la trajo a la sepultura.

Luego un poeta anónimo se apoderó de la misma idea y la desarrolló de esta manera:

«AL SEPULCRO DE UNA DAMA MUY FLACA»

Yacen en tal sepultura  
Los huesos de una señora  
Que en el siglo, como ahora,  
Se vieron sin cobertura.  
Fue tanta su sutileza,  
Que si aún se ha de deshacer,  
Nunca llegará el no ser.  
A do llegó su flaqueza.

El gran epitafista satírico de la época clásica fué Salas Barbadillo. Su manera es invariable e inagotable su vena. He aquí algunas muestras de esta faceta de su poético talento. Este es el epitafio de un músico toledano tachado de judío:

Salomón el toledano,  
Que fué en español hebreo,  
Mayor músico que Orfeo,  
Yace en este campo llano.  
¡Caminante! El derramar  
Llanto, escuda con valor,  
Que es agua, y tendrá temor  
Que le quieras bautizar.

La mayoría de esta serie de epitafios resumen el tópico vulgar con que el pueblo caracterizaba a ciertas clases sociales. Así, por ejemplo, al tipo del indiano, señalado por su avaricia, le dedica Barbadillo el epitafio siguiente:

Aquí yace, Peregrino,  
un misero perulero,  
idólatra del dinero,  
sacrilego desatino.  
Mucho de un indio burlaba,  
Que le dijo: Al Sol adoro;  
Y él adoraba en el oro,  
Que el mismo sol le criaba.

Idénticas iras descargó sobre la figura  
(Continúa en la página 11.)



# MUERTOS, MASCARAS Y DIVINIDADES AGRARIAS

Por JULIO CARO BAROJA



**E**N este momento en que los pueblos cristianos dedican un piadoso tributo a sus difuntos, acaso resulte a primera vista algo impertinente el recordar ciertas ideas primitivas sobre el más allá, que a la mayoría no le parecerán sino absurdos desprovistos de todo fundamento. Pero si los presuntos lectores de este artículo se hacen cargo de que muchos de nuestros antepasados tuvieron fe en ellas y que gran parte de la Humanidad actual, que denominamos, con mayor o menor razón, salvaje o incivilizada, las profesan y rodean de todo su respeto, la primera impresión de desagrado se desvanecerá en sus mentes.

La piedad y comprensión del hombre culto deben llegar hasta mirar con cierta simpatía y benevolencia la primeras tentativas de resolver el problema de la inmortalidad del alma, por extrañas que se le antojen, y tal comprensión pido por un momento, pues, por fortuna, no me siento aún necesitado de piedad.

Desde épocas remotas el hombre se ha figurado a la muerte de maneras gráficas y colectivas. Con una especie de optimismo cósmico raro, bastantes de los pueblos más atrasados mentalmente de que hoy tenemos noticia, creen que a nadie le llega el trance amargo por razón natural, sino por causa de los hechizos malignos que hace otro ser humano. Acaso hay que notar aquí la primera aparición de una fe en la bondad natural enfrente de la maldad producida por el trato humano; fe que adquiere en las culturas superiores y filosóficas especiales desarrollos. ¿Pero qué es del muerto una vez que el hechizo ha tenido efecto? Cuando no hace más que unas decenas de años el etnólogo Graebner pretendió describir las diferentes clases de cul-

turas primitivas, considerando grandes complejos o bloques de hechos encadenados los unos a los otros, habló de cierto ciclo cultural, al que algunos denominaron "de las máscaras". Era éste el ciclo de los primitivos agricultores, de las gentes que no tienen sino sistemas rudimentarios de cultivar la tierra, que se caracterizan asimismo, porque entre ellos se desarrolla con frecuencia el derecho materno y porque desde el punto

de vista religioso son fundamentalmente animistas; es decir, que creen en seres espirituales de tantas clases cuantos aspectos ofrece la Naturaleza casi. Su divinidad superior es la Luna, la medidora del tiempo, ordenadora de las labores del campo, la protectora de los muertos, bajo cuyo patronato se ponen las hechiceras y magas.

En este ciclo también encontraba Graebner una noción especial del alma como algo diferenciado y separable del cuerpo. Y por un proceso mental difícil de explicar en breves palabras, las máscaras aparecen en él como figuraciones de los muertos y como espíritus agrarios. Las ideas de Graebner fueron admitidas por muchos, y especialmente las amplió, dándoles un sello personal el P. Schmidt. Pero hay que recordar que sabios como Kroeber han negado la relación entre las máscaras y ciertos de

los elementos culturales que Graebner daba como orgánicamente unidos. Ahora no es ocasión, ni el autor de estas líneas tiene la competencia necesaria para tratar de resolver pleito semejante, y se contentará con señalar la frecuencia evidente con que se asocian de un lado la idea del alma o espíritu de los muertos y de otro la de los espíritus de la fecundidad y de la vegetación, con las máscaras, en los pueblos agricultores.

Estas máscaras horribles para el hombre con fe en la magia no son representaciones en el sentido que nosotros damos a la palabra, sino más bien verdaderas apariciones de los antepasados fallecidos. El cofrade que se pone la careta pintarrajeada y se cubre de hierbas y adornos rústicos para practicar ceremonias determinadas en algunas épocas del año, es, por un tiempo, el alma del antepasado. Los muertos, dicen ciertos indios de América del Sur, van al país de las máscaras, y en fechas especiales vienen a la tierra en forma de tales. En nuestro Continente y en nuestra Patria, que fué foco brillante de culturas típicas en períodos remotos, se puede sostener que estas maneras de pensar, que se encuentran con repartición diversa entre pueblos de América, Oceanía y África, han dejado más de un vestigio que vale la pena de recoger y comentar. El historiador de las religiones, austríaco, Leopold Von Schroeder, en su famoso libro sobre la religión de los arios, señalaba brevemente la posibilidad de que ciertas divinidades europeas antiguas, como Dionysos y Wodan, fueran en un principio dioses conductores de las almas, guías de los muertos, con carácter lunar. Ya Riode, el amigo de Nietzsche, señaló la relación del culto dionisiaco con la creencia en la inmortalidad del alma, y sin hacer investigaciones etnológicas había llegado a la siguiente conclusión:

Dionysos, que para él, como para otros autores de su época, era un dios agrario, era adorado de diversas formas, y una de ellas, de carácter secreto y terrible. En el período del solsticio, del invierno, cuando la Naturaleza de esta vieja Europa parece como muerta, se celebraban en las montañosas tierras de Tracia, supuesta cuna de aquella religión, unas asambleas de carácter nocturno y orgiástico, en que desempeñaban el papel principal las mujeres, y en que se ingerían cantidades considerables de bebidas

alcohólicas. Entonces se decía que el dios, con su séquito, bajaba donde sus adoradores, produciéndose el éxtasis y la posesión entre ellos. La ingestión de bebidas alcohólicas origina un estado sobre el que nosotros tenemos, por fortuna o por desgracia, unas ideas bastante precisas y científicas, pero que para aquellos pueblos bárbaros era un tanto misterioso. Nuestra pequeña experiencia, y la general, nos hacen saber que, en efecto, cuando se toma una cantidad de vino excesiva surgen extrañas variaciones en la propia personalidad, que parece como si se desdoblara. Semejante duplicidad supone Rodhe que influyó en el hombre antiguo para establecer diferencia entre el cuerpo y el alma: consideraba como sagrada la bebida alcohólica, y al que sufría sus efectos, como poseído de cierta relación directa con la divinidad.

Ciertamente no es éste un sistema muy elegante a ojos de un hijo moderno de la ciudad para llegar a adquirir ideas tan fundamentales. Pero hay que ponerse en el lugar y ambiente adecuados.

Ahora bien; atendiendo a las modernas investigaciones etnológicas, vemos qué relación suele haber entre los espíritus de los antepasados, las divinidades agrarias y las máscaras, y así podemos llegar a la conclusión de que Dionysos, el dios agrario, puede ser a la vez perfectamente un dios de los muertos. Esta impresión se acentúa si estudiamos las mascaradas rituales que en épocas también muy antiguas iban adscritas a su culto.

Sabido es que los orígenes de la tragedia y de la comedia griegas se hallan en un viejo ritual dionisiaco, y que Gilbert Murray descubrió, implícitos, en las tragedias clásicas de Esquilo, Sófocles y Eurípides, los elementos de dicho ritual. Con mayor claridad aparecen en la comedia aristofánica, según demostró F. M. Cornford.

Mediante este ritual, que eran encargados de llevar a cabo asociaciones masculinas a modo de cofradías, se figuraba el nacimiento del dios, su crecimiento, su matrimonio, la lucha que entablaba con los espíritus malignos, su muerte a manos de ellos, una especie de resurrección y su triunfo, encerrando todo él una alusión evidente al desenvolvimiento de la vida de la tierra durante el año. Tenía lugar, asimismo, en el período más frío y oscuro del invierno, y los enmascarados, cubiertos de pieles, debían ser figuraciones de índole análoga a las que se encuentran entre los primitivos. La relación de los hombres del viejo coro dramático con los muertos apareció tan evidente a un helenista conocido, sir William Ridgeway, que no dudó en mantener la tesis unilateral y exagerada de que el origen de la tragedia hay que buscarlo única y exclusivamente en el culto a los antepasados y a los héroes. Pero lo más probable es, según indico, que en un principio en las máscaras se vieran figuraciones de los muertos, en función de un ritual agrario de fecundidad. Apoyan esta manera de pensar, además de los que suministra la Etnología general, los datos comparativos que nos ofrecen el folklore y otras religiones europeas. En el período que va desde el solsticio de invierno hasta el equinoccio de primavera tienen lugar, aun hoy día, con extraña profusión, mascaradas que representan acciones estrechamente ligadas con el ritual descubierto por Murray en el teatro griego. Son a este respecto de las más importantes las del carnaval de Tracia, descritas ya hace bastantes años por Dawkins, y en las que se hallan evidentes vestigios del antiguo culto dionisiaco. Aseméjense éstas en aspectos variados a las de los Perchten del Tyrol, personajes que se dicen relacionados con una Frau Perchta, de la que se cree que baja a la tierra en el período de Navidad, como también se supone en muchos pueblos de Europa, que entonces aparecen otros seres misteriosos como, por ejemplo, los "kallikantzaro" de la Grecia moderna, cuya relación con los fantasmas es bastante clara. Es frecuente que entre estos enmascarados de que hablamos vayan un novio y una novia o un matrimonio, y que

en la acción se finja el nacimiento de un niño, al que amamanta cierta vieja extraña, y que se represente la lucha de unos elementos de la mascarada y otros, yendo con frecuencia divididos en dos bandos: el de los buenos y el de los malos. En la lucha muere uno de los personajes, que también con frecuencia ostenta caracteres animales, como los ostentaba Dionysos, y una especie de doctor burlesco lo resucita. En puntos tan distintos como Inglaterra, Tracia, Prusia Oriental y el occidente de

España, semejante mascarada termina con la conducción de un arado a través de los campos nevados, en medio de las rogativas del pueblo para que el año, y especialmente la cosecha, sean buenos.

A nosotros, españoles, nos debían interesar más las mascaradas de esta clase, de nuestra propia tierra, que las de fuera. Pero cuando hace unos años me propuse hacer una investigación sobre el tema, me encontré con la perspectiva de



«La verdadera filosofía es pensar en la muerte»

tenerme que improvisar casi todos los fundamentos. Hoy estoy en situación diferente, y podría llenar muchas páginas de descripciones y datos particulares sobre ellas, no sólo de las provincias Vascongadas, Santander, Asturias, León (en donde las hay de las más curiosas de Europa) y Galicia, sino también de Cataluña y Castilla. He encontrado numerosos paralelismos entre ideas antiguas y actuales que me parecen de interés. Por ejemplo: en latín, la palabra "larva" puede expresar la idea de fantasma, de máscara y de insecto de feo aspecto o en determinado estado de desarrollo. Y en vasco ocurre lo mismo con la palabra "zomorro" o "mozorro". "Zomorro" es, en las narraciones folklóricas el muerto aparecido; "zomorro" es la máscara horrosa que sale en determinadas festividades ahuyentando, al parecer, a los espíritus del mal y, probablemente, por analogía, todo bicho de aspecto repulsivo. Pero ya es hora de concluir.

Si fuera lícito sacar consecuencias morales de unos conocimientos expuestos de forma tan deshilvana y pobre como la de este pequeño artículo, diría que de un modo racional o de un modo absurdo, con falsedad o con verdad, el hombre casi siempre se ha sentido solidarizado con sus antepasados, que no conoció; incluso en aquellas culturas que hoy nos parecen abigarradas y elementales participa de la idea de que depende de ellos en cierta forma. Cuando contemplamos los progresos de la civilización material no nos falta nunca un sentimiento de respeto y admiración para los grandes hombres que ya no viven y que fueron los artífices de tanta maravilla puesta a nuestro servicio. Pero el hombre oscuro que durante siglos y siglos ha vivido sometido a una técnica que nos parece elemental, también tenía y tiene la idea de su dependencia y todas sus labores las pone bajo el patronazgo de la divinidad primordial, bajo el de los antepasados después, de esos antepasados a los que no se figura gozando de una gloria o padeciendo unas penas eternas, sino en un país extraño y misterioso, del que en ciertas fechas vienen a pedirle cuentas o a favorecerle, según los actos piadosos y los recuerdos que hayan notado que se les dedican.



«Buela el tiempo irrevocable»



# La Muerte en el Romanticismo

Por JOSE MARIA ALFARO



STA ya fuera de todo reparo serio que la vida sólo puede ser enjuiciada, valorada y comprendida en función de la muerte. De su finitud es de donde saca el vivir sus calidades; la certeza del fin es la que resalta los tramos de toda existencia. De ahí que el hombre se entregue con ambición a la dura faena de hacer la histo-

ria, como único procedimiento de burlar indirectamente, en la levisima materia de la memoria, la muerte sobre el polvo terreno.

Hace poco, en un pequeño poema que compuse en la noche de San Silvestre del año 1940, y que dediqué a mi entrañable amigo Luis Filgueira, escribía, con angustiosos clamores del alma, «que el tiempo se hace con olor de muertos». Esta afirmación, histórica y voluntariosa, en fin de cuentas, hubiera sido difícilmente entendida por un romántico auténtico; esto es: por un romántico de la primera mitad del siglo XIX, traspasado de egocentrismo y de desazón individualista. Y esto, por una razón sencillísima: porque al romántico la muerte se le representaba como un cuadro más de la escenografía de la vida, como un valor sentimental y no como el final decisivo de toda existencia.

Pensemos que el romántico ha creído siempre que el mundo empezaba y concluía con él. Que su vida, en cada momento, era el espectáculo más interesante que podía ofrecer el Universo. Que las tormentas de sus afanes y pasiones eran de una importancia cósmica, por ser suyas precisamente, despegadas del valor enunciativo que como índices de la sensibilidad humana pudiera tener. Esto le llevaba a sentir la Muerte como el fracaso de la Vida y como su desenlace absoluto, previsto y normal. De esta desordenada soberbia, que exaltaba con disforme apreciación los actos exteriores, espectaculares y desmelenados de su existencia, sacó el romántico su desazonada entrega «al no ser» cuando creía obligado el hacer un desplante a la Vida. Porque esto era, más que otra cosa, la activa voluntad de anulación que el Romanticismo puso en práctica con el advenimiento de una epidemia de suicidas a la moda: hacerle desplantes a la Vida, intentar burlarla por la ancha puerta de la espectacularidad renunciativa. El joven Werther, cuando se arranca del vivir, descorazonado bajo tientos y nostalgias, lo realiza como una peripecia negativa ante el fraude de sus ilusiones. No otra es su actitud, y hasta el propio Goethe viene a confesarlo en «Poesía y verdad», cuando nos explica que él mismo es el auténtico Werther, salvado de la contingencia mortal por su voluntad íntima de elevarse sobre sus sentimientos.

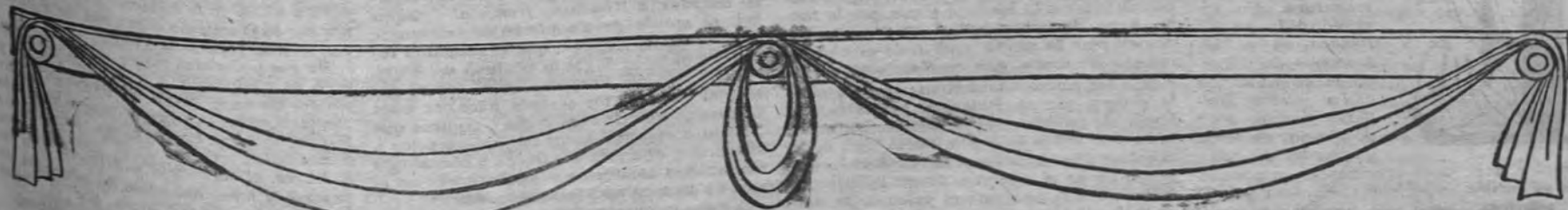
Claro que nuestro Larra, más sincero en su desolador romanticismo, no podría salvarse con razones goethianas. Y si Dolores Armijo le cerraba la puerta que él juzgaba móvil decisivo de su existir, el pistoletazo era el ademán inevitable. Nuestro «Figaro»—como casi todos los románticos españoles—lo fué de verdad. Y al serlo tan sinceramente, imprimieron a su sentido del morir una interpretación algo distinta a la general y genuina del romanticismo en boga.

No podemos olvidar que España es uno de los países en que el sentido de la muerte ha alcanzado un mayor grado de madurez, y en el que tiene una mayor presencia natural en la sensibilidad colectiva del pueblo. Pueblo finalista, pues el paganismo de las conciencias que venía a representar el Romanticismo no obtuvo en él el eco que los imperativos de la época demandaban. «Don Juan Tenorio», el gran drama romántico de nuestro romántico celtibero José Zorrilla, es en cierto modo la respuesta española del tiempo. El poeta de Valladolid se enreda con la metafísica de la muerte y por ella salva a su personaje. El sentimiento religioso ha triunfado del occidentalismo vitalista que el guirigay de las voces románticas exalta en todos los idiomas.

No es fácil estudiar desde el punto de vista español cualquier fenómeno romántico, y menos aún este de la muerte. No importa que Cadalso en los albores y Espronceda en la plenitud hayan podido cantar una muerte a la moda. El culto que el romántico puro rendía a la Muerte era estentórea exterioridad. Y para los españoles esto no

es fácilmente comprensible. Puede retóricamente llorar a Teresa y proferir lo de «que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?» el europeizante Espronceda, porque estos gritos no calaron en la entraña popular española. El ágora de España elevará, en cambio, a mito al poeta con sus apócrifos «desesperación y arrepentimiento» más enjundiosamente reales para el alma nacional.

Y es que al español del Romanticismo—como al de hoy, al de ayer y al de todos los tiempos—la Muerte se le presenta en cada hora del día con su cara tremenda y esperanzadora, con olor de eternidad y como cauce determinante de la vida, en vez de representar su fracaso. Y al romántico, por su parte, la Muerte se le ofrece como la más detonante escenografía que puede exhibir la Naturaleza. Y es que la Naturaleza—jungla, manigua, bosque y selva—se le ha metido en el corazón y como un licor fuerte, como un alcohol emocional, se le ha subido a la cabeza.





# Unamuno y la resistencia a la muerte

Por **RAMON LEDESMA MIRANDA**



"Conatus, que unaqueque rei in suo caso perseverare conatur, nihil est practer ipsius rei actualem essentiam."

(Spinoza, "Ética", III, VII.)

**E**N 1924 Miguel de Unamuno partía desterrado a Fuerteventura. No escribió allí, como Séneca en su ostracismo de Córcega la «Consolación a la madre Helvia», porque, por desgracia, no tenía ya madre a quien consolar, más pudo «enriquecer en aquella isla su íntima experiencia religiosa y hasta mística», para el propio consuelo.

Casi todo el año—el de 1924—permaneció en aquella isla africana y española, hasta que el velero «L'Aiglón», botado por Leon Dumey, le transportó a las costas de Francia.

«Aquí, en este París, atiborrado todo el de historia, de vida social y civil, y donde es casi imposible refugiarse en algún rincón anterior a la historia y que, por lo tanto, haya de sobrevivirle. Aquí no puedo contemplar la sierra, casi todo el año coronada de nieve, que en Salamanca apacienta las raíces de mi alma; ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquiete mi alma; ni la mar sobre la que a diario veía nacer el sol en Fuerteventura. Este río mismo, el Sena, no es el Nervión de mi villa natal, Bilbao, donde se siente el pulso de la mar, el flujo y reflujo de sus mareas. Aquí, en

esta celda, me apacientaba de lecturas y de lecturas escogidas al azar. Al azar, que es la raíz de la libertad.» (Prólogo a la edición española de la «Agonía del Cristianismo».)

Vivió en París... y la nostalgia de la Patria—nostalgia entrañable—le llevó, tiempo después, a Hendaya, frente al Jaizquíbel, el monte de Fuenterabía, el monte adelantado de España, que él saludaba todas las auroras desde la ventana del hotel.

La época del destierro, acaecida al doblar el cabo de los sesenta años, es para Unamuno una de esas crisis o trancos que llaman a capítulo todas las experiencias y recuerdos, afianzan las líneas y conexiones de muchos conceptos y hacen lugar en el alma a nuevas aportaciones vivas.

Yo fui su acompañante en París durante larga temporada. El contaba sesenta y un

años, yo veintitrés apenas. Reclinado, por entonces, en el lecho de su cuarto—de su cuarto de la rue de la Perouge—leía al abate Loyson, a Carlos Marx («el judío sádico»), leía la Biblia, los Upanishades, leía a San Francisco de Sales y leía y releía a Pascal... Velaba o dormía. O se acercaba a la estatua de Washington, rodeada de taludes y árboles enanos, a la que su ventana se abría, y evocaba el Campo de San Francisco de su Salamanca, donde el ciego Pinilla, el fraterno amigo, iría en estas tardes de otoño a oír el canto de los ruiseñores. Por ese tiempo compuso «La agonía del Cristianismo», de encargo de P. L. Couchoud, que, al decir de su autor, «reproducía en forma más concreta y, por más improvisada, más densa y más cálida, mucho de lo que había expuesto en «Del sentimiento trágico de la vida». (Prólogo a la edición española de «La agonía del Cristianismo».)

\*\*\*

Cierta tarde divertíase uno de nuestros amigos leyendo un pasaje de la «Historia general y natural de las Indias», del célebre Oviedo... Unamuno tomó el libro en sus manos (lib. XVI, cap. XI) y leyó en voz alta: «Johán Ponce acordó de armar, e fué con dos caravelas por la banda del Norte, e descubrió las islas de Bimini, que están de la parte septentrional de la isla Fernandina. Y entonces se divulgó aquella fábula de la fuente que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos: esto fué el año de mil e quinientos y doce. E fué esto tan divulgado e certificado por indios de aquellas partes, que anduvieron el capitán Johan Ponce, y su gente y caravelas, perdidos, y con mucho trabajo, por más de seis meses, por entre aquellas islas, a buscar esta fuente. Pero tuvo noticia de la Tierra Firme, e vidola, e puso nombre a una parte della que entra en la mar, como una manga, por espacio de cient leguas de longitud, e bien cincuenta de latitud, y llamola la Florida.»

«¡Pobre Ponce de León!», exclamó Unamuno.

Y vino a decirnos, en seguida, que la fuente de Juvencio, la Fons Juventutis, le hubiese vuelto a los años mozos, con lo que habría doblado su agonía. Mas quiso Dios que en vez de encontrar la fuente de la vida hallase la fuente de la fama y eternizase su nombre con el descubrimiento de la América del Norte. Por cuanto muchas veces nos lleva nuestra sed de eternidad, que no es otra la de rejuvenecerse, a dar vida de nuestra vida a algo que nos sobrevive y que no somos nosotros. La sed que llevó al descubridor español a buscar la fuente de la juventud, la fuente de Juvencio, era sed y hambre de inmortalidad, no a la ideal manera platónica, a la de la inmortalidad del alma, sino a la manera cristiana y católica, a la de la resurrección de la carne. Era deseo del hombre Ponce de León, «del hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere», immortalizar su carne y sus huesos, immortalizar su cuna, immortalizar su dolor e immortalizar su muerte. Immortalizar su muerte, sí, eternizar su lucha con la vida, perpetuar su agonía.

\*\*\*

Caminábamos horas y horas por las avenidas de aquella ciudad «diseño de arquitectura» como la pensara Descartes, ciudad espiritual y racional, ciudad-historia y, por lo tanto, ciudad-olvido. La Europa y, por lo tanto, el mundo entero, después de la postguerra había dejado de vivir religiosamente, perdía el hombre esa entereza moral que comunica a todos los actos de la vida el sello del honor y de la gracia. El mundo había perdido su medula. Un templo parisien era un monumento de turismo: el gesto amable de un camarero, una mercancía con el precio en la sonrisa. Los españoles, apendicularmente alejados del descompuesto corazón de Europa, seguíamos, más o menos, el ritmo de la antigua vida, éramos la «reserva moral» de Europa, y habríamos, como en todas partes, gentes que se comprasen y se vendiesen, pero a nadie se le hubiese ocurrido proponer ese bajo sistema como una doctrina social o una forma de vida.

En sus poderosas raíces llevaba Unamuno a la ciudad-luz, a la ciudad-historia y olvido, tierra y greda de España. La ciudad como el espacio geográfico de la cundaba como el espacio puros, hermanados y ardientes. ¡Quién diría que estos dos hombres, el uno viejo y sabio, el otro experto y niño, hablaban de la agonía, de la vocación españolísima por el Cristo

(Continúa en la página siguiente)



# EN TORNO A NUESTRA DEFINICION DE LA MUERTE

Por ISMAEL HERRAIZ

**C**OMO todos los conceptos trascendentes le han sido dados a la Falange en frases de extraordinaria precisión dogmática, cualquier exégesis que se intente en torno a ello, resulta confusa, divagatoria y con demasiada floritura verbal. Si se ha escrito que «la muerte es un acto de servicio», se ha entregado ya al falangista un código taxativo del heroísmo con sus exigencias y sus exclusiones, porque no hay que olvidar que el reverso de la frase quiere decir que «la vida es también un acto de servicio». Vale la pena de considerar si el español, que es, acaso, con el japonés el pueblo más bronco, irrefragable y conciso ante la muerte, aceptaría otro concepto menos dotado de razones suficientes, y que dejara a la vida y a la muerte flotando entre la desesperación y el juego.

No decimos que la Falange haya desentendido esta forma del valor, sino que afirmamos que ha definido el concepto mortal del español, con el cual, a lo largo de los tiempos, se dio fisonomía a nuestra historia y a nuestra propia conciencia. «Se muere cuando Dios lo quiere», y esta metafísica universal tiene, sin embargo, en el español una contrapartida que pudiera expresarse diciendo «que cuando Dios no lo quiere, no se debe morir». Anverso y reverso de todo el valor español y de su manera de encararse con la Muerte.

Para nosotros hay dos anécdotas—leída la una y presenciada la otra—de un valor distinto de español, que nos impresionaron vivamente. La primera está reflejada en la historia del paracaidismo, y fue protagonista de ella el inglés James Williams, muerto más tarde en otro experimento. Este ser extraordinario se lanzó desde 10.800 metros; conteniendo los nervios y la vida misma atravesó el espacio como un bólido con alma, y abrió el paracaídas a 150 metros del suelo. No hay palabras para expresar el peligro de tal aventura, y a la imaginación se le erizan todos los supuestos.

El otro hecho, que lo presenciábamos hace días—semanas—, y sabemos de antemano que en la descripción aparecerá como un caso anodino y sin importancia: Subíamos desde Genzano a Nemi por la asombrosa carretera de los castillos romanos. Una cuesta vertiginosa, cerrada a un lado por una montaña llena de árboles y roca, y abierta hacia el otro por una sima de cien metros que desemboca en el gran cráter sobre el que hoy espeja el lago. Ni que decir tiene que el tendido de esta carretera de montañas ha exigido unas curvas cerradísimas y reclama al automovilista un cuidado especial. Pues bien; de pronto, al salir de una curva, cinco hombres en bi-

cicleta, tres de ellos llevando, además, otro en el sillín, lo que aumentaba hasta lo inaudito la furia del descenso, y pedaleando con todas sus fuerzas, cruzaron a nuestro lado como una exhalación. Jamás hemos visto nada semejante, y conste que en alguna ocasión, como a todos los españoles, la Muerte ha cruzado cerca. Pero aquello era inexplicable. La turbonada de viento que levantaron al pasar, zumbando como obuses, casi nos derribó a tierra. En aquellas frías máquinas, una leve piedra, la rama desprendida de un árbol, un perro que se cruza, cualquier incidente, era la muerte, sin remisión, del ciclista.

Los tres españoles no caminábamos hacia Nemi quedamos sin habla, porque aquella ráfaga humana no es para describirla. No se trataba de una carrera ciclista—en las que jamás se alcanzan esas velocidades—, sino de un paseo dominical de cinco muchachos de Nemi con tres invitados.

Es decir, que lo que para la mayor parte de la Humanidad se llama muerte, para unos pocos es sólo una cuestión de juego. Y ante estos hechos, para mi experiencia los más significativos de que mar la vida, porque si nos cabía preguntar si un español en tales condiciones, absolutamente desprovisto de finalidad, se hubiera lanzado a tal juego con la muerte. Ya sé que se me contestará que sin duda alguna; pero es que se olvida que en la misma pregunta queda planteado a modo de desafío, y de una manera indirecta, la grandeza del valor español. No otros afirmamos que el paracaidista o el ciclista españoles serán capaces de abrir el paracaídas a cincuenta metros del suelo y de lanzarse por las curvas de Nemi, no con un pasajero, sino con dos, si en la propuesta hay implícita una competencia nacional. Es decir, que entran ya entonces en nuevos términos trascendentes de honor y de afirmaciones raciales; pero du-



«El temor de la muerte»

damos mucho que por un impulso habitual y sin mediaciones de cualquier índole el español haga por su cuenta y riesgo esas demostraciones desesperadas. Para él la muerte no es un cálculo, pero es un modo de argumentar sobre temas trascendentes.

Hace falta una cantidad enorme de modestia natural y de discreción para sacar el valor de un esquema de ideas circenses y reducirlo a sus estrictos límites de servidumbre las ideas más altas. José Antonio, escribiendo con pulso tranquilo, después de confesar que no le agradaba morir joven, es el ejemplo más palpitable del concepto español de la muerte. Existe en la juventud una peligrosa óptica que consiste en contemplar el heroísmo a través de prismas más o menos teatrales. José Antonio reacciona en el umbral mismo de su muerte, ya descortada, contra este facilísimo retórico. Es el joven, y una victoria que le pertenece abruma todos los frentes de guerra. Si el Hijo de Dios confiesa la flaqueza de su carne mortal ante el martirio, nada autoriza a un español para revestir su sacrificio personal con insinceridades retóricas. Pero está la muerte llegando en avalancha sobre trincheras y cárceles, cimentando sobre huesos heroicos el destino de España, y José Antonio quema también en la hoguera su valerosa y singular capitania.

En infinidad de casos, además, el heroísmo deportivo y el militar se contradicen. ¿Cuántos magníficos atletas, protagonistas acaso de marcas audaces, no reembarcaron en Dunquerque? ¿Cuántos pequeños y endebles españoles de Huelva o de Extremadura resisten sin un lamento sobre la nieve del Wolchov, que santifica el nombre de España? El deporte puede ser un entrenamiento para el heroísmo, pero jamás será el heroísmo en abstracto. El deportista acomete a la audacia con un porcentaje de seguridades psicológicas demasiado favorables. Se cree dueño de sus nervios y de sus músculos, y piensa que la máquina está dócilmente a su merced. El soldado sabe que ante el peligro nada le obedece: es su vida escueta y desnuda ante una muerte que puede llegar volando en la sombra impalpable de una bala. En la medida con que se acometa esta aventura tienen los pueblos el coeficiente de su valor.

España, por ejemplo, no ha tenido nunca grandes saltadores sobre el agua, y, sin embargo, todos recordamos que cuando un avión—en el que viajaba Durán, uno de los héroes del «Plus Ultra»—cayó en el puerto de Barcelona, un marino español se lanzó a salvarle desde un dirigible que volaba a docientos metros de altura. Quien se ha lanzado a la piscina desde el primer trampolín sabe lo que significa ese salto.

La historia de nuestros queridos muertos españoles no es más que eso. Es una constancia cercana y sangrienta, dejada sobre las calles y los campos de España; es un bosque de humildes cruces sobre toda la tierra de la Patria; es una silenciosa y dulce muerte ante los ojos de Dios y sobre el regazo de España. Es, en suma, la vida de una nación que cumple en ella misma el grito español de morir bajo la fe y la esperanza. Si existimos como españoles es porque no somos más que el reflejo de aquellos muertos.

Ninguna fuente de heroísmo se había agotado en España. De aquella misma sociedad aburguesada e inerte, que se dejaba asediar por el enemigo, extrajo la Falange sus Caídos. El pobre estudiante desmelenado y trágico, clavado como una huella asombrosa de la historia en un rincón callejero cualquiera; y como aquel soldado caído sobre la tierra revuelta de la trinchera, como escuchando sobre la faz de la Patria una voz lejana y perdida... Ninguno murió sin saber por qué. La más leve floración de la primavera nos trae su recuerdo en un aliento de angustia, de melancolía y de ternura. ¿Qué hacemos hoy en su nombre? ¿Damos a nuestra vida el mismo objetivo trascendente que ellos dieron a su muerte? Aquella íntima y viva llama con la que aún nos quema su juventud sacrificada, ¿grite aún cada movimiento y cada gesto de España? No nos piden melancolía sobre los tiemposidos, sino orgullo frente a las cosas futuras. Que la diaria fatiga de la Patria esté orientada hacia los altos fines que reclamaron su muerte españoles. Sin ello, toda la cercana tragedia se nos aparecerá como una ensangrentada serie de días vacíos sobre los cuales un bosque inmenso de cruces se pierde en el desconcierto y en el fracaso.

## LOS EPITAFIOS SATIRICOS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(Viene de la página 7.)

del poeta descontentadizo y envidioso que va a los estrenos del teatro a desahogar su bilis.

Por ser grande mentecato  
Oía el día primero  
Las comedias, pasajero,  
Con prevención de silbato.  
De poeta presumía,  
Y lleno de mil errores,  
A las comedias mejores  
Con «silbas» las perseguía.

El siglo de las cortesías llevadas al terreno más vidioso que puede concebirse, debía profesar odio implacable al tipo de descortés por sistema, cuyo sombrero no barría el suelo por nadie ni ante nadie. A este tipo le asestó Barbadillo el epitafio siguiente:

En esta parte sombría,  
Que tan retirada ves,  
Yace un loco descortés.  
Que a nadie se descubría.  
No flores, huésped, te advierto;  
Antes te pon a reír,  
Porque él se holgó de morir,  
Por estar siempre cubierto.

La antítesis, se puede decir, del que antecede, es el epitafio que D. Fernando de Zárate imaginó para cierto personaje de una comedia suya, que se granjeó la muerte con el sombrero:

Aquí yace, en esta losa,  
Juan de Orihuela, por ser  
Algo ligero de gorra;  
De cal y canto es la urna,  
Téngalo Dios en su gloria.

El tipo de Portugués, ya mirado por su faceta enamoradiza, ya por la de su jactancia, ofreció blanco a la causticidad castellana para fanatizar epitafios a su costa. El mismo Cervantes ensayó uno famoso, que en otro lugar tengo citado. De ordinario se contaba en Castilla que tales epitafios se leían en la catedral de Lisboa:

He aquí una muestra:

Aquí jaz Vasco Cid Figuera,  
Cavallero portugués muy honrado  
Que nem morreo nas guerras,  
Nem con molros pelejando;  
Mas morreo na sua cama,  
Come home muito fidalgo.

Lope de Vega también aduce una inscripción sepulcral portuguesa, buena prueba de la filosofía humorística del difunto:

En Lusitania, en una piedra, había  
Escritas estas letras: «Gundisalvo  
Yace debajo aquesta losa fría;

Boca abajo mandó que le enterrasen. Porque tan apriesa vuelta el mundo, Que quedará muy presto boca arriba, Y así quiso excusarse del trabajo.»

Otro asidero o motivo de un epitafio burlesco era a veces el apodo con que en vida fué conocido el difunto o su cónyuge. Ejemplo de casos tales es el que compuso el doctor don Juan de Salinas «a doña Luisa Maldonado, mujer que fué de don Fernando Melgarejo, a quien por mal nombre llamaban Carrabás»:

Quien vivió con Carrabás  
yace en esta losa fría;  
que la vida que tenía  
no pudo sufrir la más;  
y así nos queda el consuelo  
en muerte tan a deshora,  
que, pues Carrabás la llora,  
sin duda que está en el cielo.

No hubo solamente epitafios burlescos; hubo, además, burlas de epitafios, o sea, un epitafio en burla de otro. De este corte es el de Góngora «contra el Abad Rute, que hizo un epitafio a D. Pascual, Obispo de Córdoba, lleno de imperativos»:

Detente, buen mensajero,  
(aunque te parezca tarde),  
que Dios de inscripciones guarde  
de un pedante caballero;  
Don Pascual soy, que ya muero  
en la región de los vivos,  
tras tantos imperativos.  
Si quises saber más, detente,  
que harto más cortesmente  
te lo dirán los archivos.

Tanto abusaron los poetas del «aquí yace», que Lope se creyó obligado a dar el alto y escribió contra los epitafistas el siguiente soneto:

Tú, que epitafios a los vivos haces,  
Y en tu imaginación muertos los tienes,  
¿Qué exequias para ti, que honras previe-  
[nes?]  
Pero si no las tienes, nos las traces.  
Todas yacen por ti. ¿Por quién tu yaces?  
¿Qué funesto ciprés das a tus sienes?  
¿Qué mal dirás de ti? Porque los bienes  
Vendrán aún a ti mismo pertinaces.  
No es bien que vivos como muertos tra-  
[tes].

Y aun muertos con libelos descubiertos;  
No es tanta tu virtud, que lo presuma.  
Pues que no los heredas, no los mates;  
Que abrir las sepulturas a los muertos  
Más es del azadón que de la pluma.

Miguel HERRERO

## Unamuno y la resistencia a la muerte

(Viene de la página anterior.)

agonizante y de la de la Virgen de los Dolores con su corazón atravesado por siete espadas. «Y no se rinde culto tanto al Hijo que yace muerto en el regazo de su Madre, cuanto a ésta, a la Virgen Madre, que agoniza de dolor con su Hijo entre los brazos. Es el culto a la agonía de la Madre.» (Agonía del Cristianismo.)

Para Unamuno la agonía (lucha) fué la esencia de toda vida. El hombre es una criatura agonica porque en el fondo radical de su ser no hay sino dualidades y antítesis: una fe que afirma y una razón que niega, una voluntad que crea y una inteligencia que disgrega, una verdad sentida y una verdad pensada. Y él busca en la triunfal resistencia de su voluntad de vivir sobre todos los asaltos del entendimiento crítico el punto de apoyo de una actitud afirmativa.

Esta pujante voluntad de vivir es su piedra madre, su original mensaje, el toque de su vigoroso numen, jamás extinto, de creador, de poeta, de engendrador de símbolos, de nutridor de fantasmas terrestres, de recreador de España y de su lengua de la Muerte. Pues con todo esto, que es carne, savia, alma e instinto, y no con otra carne ni otros huesos que los suyos, acude al juicio de Dios, a dar cuenta de su agonía.



# La muerte bajo el uniforme

Por ANTONIO VALENCIA

Al último que murió militarmente en nuestra guerra.



UNA de las máximas virtudes, quizás la más alta, de aquel mundo que despertó y se puso a andar en la fecha del 18 de julio fué la de romper los diques que embalsaban la ciencia más heroica del español, aquella que enseña a morir a todos los que contemplan. Había diques que sólo dejaban fluir una vena de agua viva que venía derramándose generosa a lo largo de las edades quietas, pero que era insuficiente para fertilizar una tierra resquebrajada de ambiciones, que sólo esperaban el agua de la muerte española para satisfacer ansias germinales dormidas por muchos más años que los esperados en el bosque de la Bella Durmiente y casi los mismos que duró aquel letargo nemoroso del monje que oyó cantar al ruiseñor.

La muerte nació para todos el día inaugural del 18 de julio. Allí se acabó el mal pasado, en que el español para bien morir necesitaba vestir anteriormente de uniforme o hasta de traje de luces, escarlata cromática que en los últimos tiempos se amplió al azul de las camisas de la Falange. Allí acabó también la etapa en que se crispaban los pulsos de rabia al leer la muerte del brigante de la guerrilla o del voluntario de la carlistada, o más aún cuando remotamente sabíamos que un español desgajado era duro entre los duros de muerte en algún tajo lejano del Oranésado o entre la gauchada caballista de la Pampa. Pero el español, torero de la muerte, no se satisfacía con lidiarla y vencerla en capeas, sino otra vez en ancho coso y con las miradas de todo el mundo encima otra vez para brindarla. A los españoles casi todos, tristemente acostumbrados a mirar la muerte municipal y espesa del primero de noviembre, encuadrada en bandos edilicios—«se prohíbe entrar bebidas al recinto del cementerio»—, la fecha de nuestra revolución trajo a tambor batiente el traje de luces, total y primigenio, del uniforme militar y del caquí castramental a todo el amplio ruedo ibérico. Pero ruedo de verdad, no frase valleinclanesca de esperpento.

Todo lo escrito nada vale, sino como parentesis sonámbulo en el que cabe el padrenuestro por los que yo vi caer, y yo, que como casi todos, sólo sabía que los muertos se reclinaban en las almohadas.

Nada; nada o menos que nada vale eso junto a lo que vi, a la fabulosa siembra de muertos en toda la geografía de España, esa misma que cantaron los del 98, sin saber nada de su historia, que sólo logra la conjunción de la geografía con la muerte, y que sin ella, se queda solo en paisaje, maestro Unamuno, maestro Baroja, maestro cualquiera. Vosotros llegabais a decir que era la vida la que potenciaba, pero ¡supisteis que la vida, la plena vida de España comprende la muerte y la muerte heroica también? Yo sé ahora que si mi vida vale algo, si puedo hablar y aun escribiros estas líneas, es porque vi morir otra vez a españoles desde sus rumbos más anchos, porque viví en trance de muerte española—que es morir ya—los únicos años que viví de mi vida, en que los anteriores fueron buenos si sirvieron para presentir, y los que vengan le serán si sirven para rememorar. Y yo soy uno, uno solo.

Años pasados bajo el uniforme de mi estirpe, inolvidables todos y cada día. No recataré que el primer sitio en que yo volví a ver españoles que morían fué bajo las piedras sitiadas del Alcázar. Esta, sin embargo, no es precisión cualitativa, sino topográfica. Ninguna diferencia entre los que murieron allí o los que acompañaron mi espera de la muerte a lo ancho de España en las lomas verdinegras de Alcuérra, las trincheras cara a Madrid, los olivares catalanes o la montaña del Maestrazgo, cerca del mar azul. No hay diferencias que no sean puramente intelectuales y abstractas: la grafía y fonía del nombre; por lo demás, emocionalmente, hasta los rasgos fisonómicos se me funden en uno solo bajo un paisaje de fondo, que como en alguna moderna escenografía sólo tiene color español. Tampoco puedo recordar diferencias somáticas en la muerte—el soma y la carnicería quedan para los Barbusse y los Remarque—, sino un sentido común, ascensional y crecido de trance. ¡Qué dignidad suprema, qué milenaria tradición se mostraba siempre! Se sentía conocer la vida de hombres que casi no la tuvieron, del pastor de las montañas de Soria, por su ciencia suprema en el morir, vieja y alquitirada por

cien academias y arcópagos, que daba al conjunto un acabamiento tan humano, que por serlo tanto se elevaba a cimas arcangélicas.

Dicho vaya todo para honra suprema del uniforme que nos cobijó. Para galardón del caquí, del gorrillo y de la cazadora y del pardo del capote-manta que nos uniformó; es decir, que nos dió una forma de morir y de vivir, que en aquellos días y aquellos pasos daba lo mismo. Que nos descubrió el último estado de la muerte española, uniformada, militar, precisa y difícil para quien no sea tinto y retinto de español. Una muerte que no es la chispeante de los monigotes de Goya, porque esa corresponde aún a la vena escasa y anárquica de España, sino a la de los cuadros de Infantería en las tierras de Flandes, cotidiana, entera y total, sin ninguna tangencia con el chispazo de lo anárquico ni el temblor de lo romántico. Por tierras de

Europa de aquellos tiempos, la milicia española se distinguía tanto o más por su exactitud en el caos de las batallas, por su forma y uniformación, que por la legendaria braveza. Por eso, en esta anécdota sin anécdotas, en esa impar categoría de la muerte militar en tierras de España, la que yo he conocido, no destaca ningún apóstrofe final ni el grito ronco que al morir vertía su amargura en oración de ritual, sino la serenidad—¡recordáis el testamento de José Antonio, hijo y nieto de militar?—con que cualquiera, en la madrugada antes de morir, llamaba al camarada o al asistente amigo:

—Ya sabes, las medallas a mi madre, con este retrato...

Hubo una última diferencia en la muerte militar. Hubo quien más dió a la hora de ella, y sólo notado le fué por el brillo de los ojos en el trance. Quién más, quién menos, sabíamos que el vivir de la patria

cuesta miles de buenos muertos. Y España, que no los tuvo en siglos, los reclamaba todos de golpe, con réditos para no morir. Sabíamos que se necesitaba ancho montón y los primeros fueron a él con prontitud. Los últimos fueron más despacio, todavía más serenamente, porque sabían en su muerte daban más. Yo recuerdo al soldado que murió en el Alcázar, a la vista de los legionarios en las colinas fronterizas un 27 de septiembre. Todos los que íbamos a morir sabíamos que el último muerto de la guerra daría más que nadie. No sé quién fué, aunque Dios y España lo saben. Pero a él, al que murió la misma muerte que todos, le dedico mi recuerdo impar y excepcional. ¡Señor, lo que vale morir la muerte militar del español siendo el último! ¡Lo que vale y lo que cuesta serlo bien, ser aguja que corone el edificio de los que cayeron! O terque quaterque beatius!



ESCASSI